

otro él en Wilna, resolvió dejar allí al duque de Basano, con cuya adhesión y aplicación podía contar por completo, y dejóle efectivamente con autorización para abrir no sólo la correspondencia diplomática, sino la administrativa y militar, para comunicar á cada jefe de cuerpo lo que le interesara saber, aun para dar órdenes sobre todo lo concerniente á las provisiones del ejército. Para los transportes desde Kowno á Wilna, hizo un ajuste con los judíos polacos. Decididamente la navegación por el Wilia se reconoció casi impracticable, y resolvióse emplear los transportes por tierra. Los numerosos convoyes que, gracias al celo del coronel Baste, llegaban cotidianamente de Dantzick á Kowno, y contribuían á llenar esta ciudad de materias de toda especie, hubieron ya de descargar en Kowno para terminar por tierra su travesía hasta Wilna. Aquí había por lo menos mil carros de artillería y de equipajes sin tiros. Colocados fueron en un vasto parque y al aire libre, para preservarles de un incendio. Napoleón ordenó enganchar en parte de estos carros dos mil caballos, pequeños, pero fuertes, sacados por el mariscal Macdonald de Samogitia. Al general Bounier, dejado en Hannóver, envió orden para comprar nuevamente en Alemania y á cualquier precio cuantos caballos pudiera hallar de silla y de tiro y los despachara sin la menor tardanza á Wilna. Finalmente, para corresponder al movimiento que el ejército activo iba á emprender hacia adelante, quiso que ejecutase otro análogo el ejército de reserva. Prescribió al mariscal Víctor, que mandaba en Berlín el noveno cuerpo, que se adelantara sobre Dantzick; al mariscal Augereau, que mandaba el undécimo cuerpo, compuesto de cuatro batallones y de los regimientos de prófugos, que reemplazara al duque de Bellune en Berlín. Las cohortes, cuya organización prescribió Napoleón antes de su salida de París, hubieron de reemplazar á las tropas del undécimo cuerpo en las fronteras de Francia. Hasta en Wilna quedaba á las órdenes del general Hogendorp, nombrado gobernador de la Lituania y puesto bajo la autoridad de Mr. de Basano, una guarnición movable, formada de todas las tropas en marcha, la cual habitualmente no sería menor de veinte mil hombres, y se apoyaría en las obras de campaña que Napoleón había mandado ejecutar por sí mismo. En lo interior de Wilna estaban ya acabados los hornos y los hospitales, sobre lo cual se había ocupado mucho. Hornos había para cocer hasta cien mil raciones, y hospitales para recibir diez mil enfermos, y oficiales para recoger é incorporar á los rezagados que llegaran á reunir las columnas movibles. A cuarenta mil por lo menos ascendían ya los rezagados, extranjeros la mayor parte. Apenas se habían recuperado dos ó tres mil de ellos; los demás se dedicaban al pillaje. Los más volvían á pasar el Niemen, con especialidad los alemanes.

Habiendo sido prescrito cuanto la previsión humana permitía hacer para corregir los inconvenientes de una empresa, la más temeraria de los siglos sin duda, resolvió Napoleón partir en la noche del 16 al 17 de julio. Antes de dejar á Wilna no pudo menos de recibir á los representantes de la dieta polaca reunida extraordinariamente en Varsovia. De cierto se recuerda que, á falta de Mr. de Talleyrand, fué allí Mr. de Pradt, arzobispo de Malinas, con el encargo de excitar y de dirigir el

ímpetu patriótico de los polacos. Este personaje, incapaz de gobernarse en medio de una conmoción popular, llegó á su puesto, halló á los polacos agitadísimos por la idea de una reconstitución inmediata, dispuestos como de costumbre á batirse denodadamente, pero arruinados por el bloqueo continental, sin confianza en el éxito de aquella guerra, ni en las resoluciones de Napoleón respecto de ellos, opinando cada cual su cosa, y más que nunca exaltados, bulliciosos y desunidos. Hacerse oír en medio del caos de voluntades desacordes, templar á los violentos, estimular á los tibios, conciliar á los émulos, distraer á los dados á quimeras, y finalmente, atraer en fuerza de flexibilidad y de vigor á la muchedumbre aturdidora y aturdida á voluntades sensatas, enérgicas y uniformes, es un arte que la naturaleza no basta á dar por sí sola, si la experiencia no lo madura, y que sólo en los países libres se adquiere. Sorprendido el arzobispo de Malinas, desconcertado, no teniendo otro manejo que algunas chispeantes agudezas, no sabía cómo salir de caos semejante. Pero supliendo la pasión por todo, vinieron á parar los polacos á la idea de una dieta general, convocada inmediatamente, y que, según el uso antiguo, proclamaría, además de la reconstitución de Polonia, la confederación de todas sus provincias, y el alzamiento en masa de la población contra Rusia. El pobre rey de Sajonia, sobre cuya cabeza había caído la corona de Polonia, proveyó de antemano á sus ministros en el gran ducado de los poderes necesarios, y éstos se prestaron eficazmente á la convocación de la dieta. Llamada extraordinariamente juntóse al punto y nombró presidente al respetable príncipe Adam Czartoryski, octogenario y mariscal en otro tiempo de una de las antiguas dietas, proclamando en medio de un entusiasmo universal el restablecimiento de Polonia, la confederación de todas sus provincias, la insurrección de las que estaban aún bajo el yugo de soberanos extranjeros, y acordando dar cerca de Napoleón un paso, á fin de suplicarle que dejara caer de su boca soberana esta gran frase: *Polonia está restablecida*.

Separóse la dieta instituyendo una comisión encargada de representarla, y de llenar el papel de la soberanía nacional en cierto modo, al par que los ministros del gran ducado representaban el del poder ejecutivo. Dificultad grave ofrecía que marcharan de acuerdo estos representantes de la soberanía nacional y estos agentes del poder ejecutivo, queriendo unos y otros desempeñar á la vez ambos papeles, mas no era ésta la mayor todavía. Sin pérdida de tiempo se necesitaba poner la mira en dos objetos esenciales con ardimiento, en llamar gente á las armas y en propagar la insurrección en Lituania, Volhynia y Podolia. Si el abate de Pradt hubiera tenido dinero, una autorización lata y un verdadero genio de acción, pudiera sin duda sacar de estos elementos en fermentación una fuerza organizada, capaz de insurreccionar la Volhynia y la Podolia, mientras Napoleón organizaba la Lituania, que se acababa de insurreccionar con su presencia. Pero Napoleón no le había dado un óbolo, apenas le hizo percibir sus asignaciones, y le concedió una autorización equivoca como la confianza que tenía en sus talentos políticos y administrativos. Así, todo lo que el abate de Pradt pudo y supo hacer fué ayudar á los polacos á redactar

el manifiesto que anunciaba la reconstitución de Polonia, documento escrito con algún talento, bien que sin oportunidad y pareciendo más bien redactado en París que en Varsovia. Ya formado, convínose en enviar una diputación á Wilna, para presentar á Napoleón el acta de la dieta y provocar por su parte una declaración solemne. Obligado se vió Mr. de Pradt á consentir en este paso, muy embarazoso para Napoleón, si bien inevitable y natural, fuerza es conocerlo, por parte de los polacos.

Los diputados, que eran los senadores José Wibiski y Valentín Sobolewski, los nuncios Alejandro Beniski, Estanislao Soltik, Ignacio Stadnicki, Mateo Wodzinski, Ladislao Tarnowski y Estanislao Alejandrowicz, llegaron á Wilna un poco antes de la partida de Napoleón con encargo de presentarle un mensaje, y de obtener una respuesta que se pudiera comunicar á todo el mundo.

Esta manera de apremiarle desagradaba á Napoleón más que le sorprendía, y recogióse para hallar una respuesta que, sin desalentar á los polacos, no le arrastrase á más compromisos que los que le quería contraer buenamente. Ya hemos dicho que lo que le asustaba no era la libertad de los polacos, pues al contrario en todas partes el espíritu insurreccional se excitaba en su nombre; no era tampoco precisamente el temor al Austria, pues si la disgustaba el sacrificio de la Galitzia, la Iliria podía consolarla; sino el temor de hacer demasiado difícil la paz con Rusia, especialmente después de haber pasado el Niemen. Desde lejos Napoleón había considerado esta guerra, si no como obvia, al menos como muy practicable: de cerca juzgábala mejor, y entreveía la dificultad de seguir á los ejércitos rusos hasta las profundidades de su territorio, si no se lograba darles alcance antes de su retirada. De consiguiente deseaba que la querrela permaneciera en estado de que pudiera concluir una brillante victoria, al par que, si se proponía por objeto esencial al restablecimiento de Polonia, fuera necesario reducir á Rusia á la última extremidad antes de obtenerla. Agréguese á esto que hubiera querido ver salir restaurada á Polonia de un arranque de entusiasmo, siendo así que no podía renacer más que de una reorganización lenta y laboriosa, poco favorecida á la sazón por las circunstancias. En esta disposición de ánimo dirigió á los polacos una respuesta ambigua, que tenía el inconveniente ordinario de este género de respuestas, el de decir demasiado para los unos y harto poco para los otros, demasiado para Rusia y harto poco para Polonia.

Napoleón recibió á la diputación la antevíspera de su partida de Wilna. El senador José Wibiski, hombre de talento, empleado á menudo por los franceses en Polonia, llevó la palabra, y en un discurso bastante largo dijo, que la dieta del ducado de Varsovia, reunida para satisfacer las necesidades del ejército de Francia, conoció que tenía que cumplir deberes de orden más elevado; que por voto unánime se había constituido en confederación general, proclamado á la Polonia restablecida, y declarado nulos y criminales los actos que la desmembraron; que á los ojos del mundo civilizado y de la posteridad, el acto que arrancó su existencia á Polonia, nación independiente, antigua en Europa, señalada por sus servicios á la cristiandad, era un acto de usurpación,

de perfidia y de ingratitud, un indigno abuso de la fuerza, que no podía constituir ningún derecho y debía cesar con la fuerza de que era producto; que efectivamente esta fuerza, por largo tiempo del lado de los opresores, pasaba ahora al lado de los oprimidos por la llegada milagrosa del grande hombre del siglo, destinado por la Providencia para cambiar la faz del mundo; que no tenía más que pronunciar una frase, *el reino de Polonia existe*, y que al instante esta frase equivaldría á la realidad; que nada le oponía embarazo; que sólo hacia ocho días que estaba empezada la guerra, y ya recibía sus homenajes en la capital de los Jagelones; que las águilas francesas estaban plantadas en las márgenes del Dwina y el Boristenes, en los límites de la antigua Moscovia; que por otra parte los polacos subían á diez y seis millones de hombres, prontos á sacrificarse por su libertad, y que juraban todos morir por la santa causa de su independencia; que el restablecimiento de Polonia era, no sólo de grande interés para Francia, sino casi un deber de honor para ella, porque la inicua repartición, que fué oprobio del siglo décimotercero, había señalado la decadencia de la casa de Borbón, y que al glorioso fundador de la cuarta dinastía tocaba reparar las debilidades y las faltas de la tercera; que ellos por su parte proseguirían de todos modos su noble objeto, y no descansarían hasta después de haberlo alcanzado, con la aprobación y el auxilio del glorioso y omnipotente emperador de los franceses.

Después de haber escuchado Napoleón con cierto disgusto la expresión brillante de estas ideas, respondió con el estudiado discurso que sigue:

«Señores diputados de la confederación de Polonia.

»He oído con interés lo que acabáis de decirme.

»Polaco, pensaría y obraría como vosotros, como vosotros hubiera votado en la asamblea de Varsovia: el amor de la patria es la primera virtud del hombre civilizado.

»En mi posición tengo que conciliar muchos intereses y que cumplir muchos deberes. Si yo hubiera reinado al tiempo de la primera, de la segunda y la tercera repartición de la Polonia, habría armado á todo mi pueblo para sosteneros. Tan pronto como la victoria me ha permitido restituir vuestras antiguas leyes á vuestra capital y á parte de vuestras provincias, lo he hecho con eficacia, sin prolongar á pesar de todos una guerra que hubiera hecho correr aún la sangre de mis súbditos.

»Amo á vuestra nación: diez y seis años hace que veo á mi lado á vuestros soldados así en Italia como en España.

»Aplaudo cuanto habéis hecho; autorizo cuantos esfuerzos queráis llevar á cabo; haré cuanto de mí dependa para apoyar vuestras resoluciones.

»Si vuestros esfuerzos son unánimes, podéis concebir la esperanza de reducir á vuestros enemigos á que reconozcan vuestros derechos; pero en estas comarcas tan remotas y tan extensas, debéis fundar especialmente las esperanzas del triunfo en la unanimidad de los esfuerzos de la población que las cubre.

»Igual lenguaje usé con vosotros el tiempo de mi primera aparición en Polonia: debo añadir aquí que he garantizado al emperador de Austria la integridad de sus Estados, y que no podría autorizar ninguna maniobra, ningún movimiento que propendiera á turbarle en

la pacífica posesión de lo que le queda en las provincias polacas. Siéntanse animadas la Lituania, la Samogitia, Vitebsk, Polostk, Mohilew, la Volhynia, la Ucrania, la Podolia del mismo espíritu que en la gran Polonia he visto, y la Providencia coronará con el triunfo la santidad de vuestra causa, y recompensará esa adhesión á vuestra patria, que tan interesantes os ha hecho y os ha granjeado tantos derechos á mi estimación y á mi patrocinio, con el cual debéis contar en cualesquiera circunstancias.»

Este discurso muy sensato, muy razonable, que debía alcanzar poco éxito entre los polacos, no constituía por sí mismo una falta, aunque después se haya así dicho, pero era consecuencia de una falta inmensa, la de haber ido á aquella región distante, donde sólo tenía que hacer una cosa, intentar el restablecimiento de Polonia, y donde esta cosa única era casi impracticable á pesar de todo, porque para llevarla á cabo se necesitaba antes que nada la concurrencia celosa de aquellos á quienes propendía á despojar de parte de sus posesiones, la Prusia y el Austria: se necesitaba además la adhesión absoluta de aquellos á quienes interesaba, de los polacos, los cuales, en vez de adherirse completamente, hacían depender su adhesión de los compromisos temerarios que se contrajeran con ellos; de manera que con voluntades forzadas como las de los prusianos y los austriacos, ó vacilantes como las de los polacos y los franceses, se trataba de acometer la más ardua y más nueva empresa, tan nueva que aún no tiene ejemplo en la historia, la de reconstituir un Estado destruído.

Ya cerca de la dificultad, conocía Napoleón esta falta, y quizá por este motivo se reservaba tal vez demasiado, al par que los polacos se reservaban más todavía. ¡Triste y no único presagio de todas las desventuras de esta campaña!

Objeto de más de una negociación con los diputados de Varsovia, no les disgustó el discurso de Napoleón precisamente, pues casi les era conocido de antemano, si no en los términos, á lo menos en la substancia; pero produjo un primer efecto bastante de deplorar aun en Wilna, sin embargo del entusiasmo excitado por la presencia de los franceses victoriosos. ¿Cómo, se decían los lituanos, nos pide Napoleón sacrificios y que le prodiguemos nuestra sangre, nuestros recursos, sin contar lo que tenemos que sufrir de sus soldados, y ni siquiera se aviene á pronunciar la frase de que está restablecida Polonia? ¿Qué le detiene? No es la Prusia, sojuzgada y abatida; no es el Austria, dependiente de él y á la cual es fácil indemnizar en Iliria; no es Rusia, cuyos ejércitos van de huída. ¿Qué es por tanto? ¿Acaso ha venido aquí sólo á ganar una batalla contra los rusos para volverse en seguida sin emprender nada importante, más que añadir, como en 1809, medio millón de polacos al gran ducado, dejando á la mayor parte de nosotros expuestos á secuestros y proscripciones?

A estas dudas respondían otros lituanos que Napoleón tenía razón en decir que se hallaba en una posición delicada, que tenía que guardar miramientos, pero que, á vueltas de todas estas contemplaciones, era fácil leer su idea verdadera, que consistía en restablecer la Polonia, si se le ayudaba formalmente: que así era menester que le auxiliaran con todas sus fuerzas, que se alzaran en masa, y le suministraran de esta suerte los medios

de dar remate á la obra empezada. Pero los que hablaban de este modo, ilustrados, moderados, equitativos, conocedores de la necesidad de no economizar sacrificios, y de vencer á fuerza de adhesión las vacilaciones de Napoleón, eran, á causa de estas mismas virtudes, los menos numerosos. Para la muchedumbre, la reserva de Napoleón debía ser un pretexto, con que se iban á cubrir todas las debilidades, todas las avaricias, todos los cálculos personales.

Napoleón partió de Wilna el 16 por la tarde, después de permanecer diez y ocho días en esta capital de la Lituania. Pasó por el Swenziani y llegó el 18 por la mañana á Gloubokoe. Aún encontró por el camino muchos rezagados y carros abandonados. Sobremanera fatigaba el excesivo calor de julio á los hombres y á los caballos, y además acontecía á menudo que detuviera el paso la destrucción de los puentes. Infinito era el número de éstos en aquellas comarcas pantanosas y cubiertas de matorrales. Se necesitaban no sólo para cruzar los ríos y los arroyos, sino también las aguas estancadas, que cubrían los campos. Hasta el punto que les fué posible los destruyeron los rusos, y para repararlos no había que contar con los habitantes muy diseminados. Así estaba atareadísimo el cuerpo de pontoneros, y para dar cima á su trabajo había menester toda la adhesión de que se hallaba animado y el noble ejemplo del general Eblé, su jefe.

Gloubokoe era una pequeña ciudad, construída de madera como todas las de aquellas comarcas, y cuyo edificio principal no era un palacio, sino un gran convento. Alojóse allí Napoleón y se apresuró, según su costumbre, á preparar un establecimiento que pudiera servir al ejército de punto de etapa.

Durante este tiempo los diferentes cuerpos operaban su movimiento, y desfilaban sucesivamente por delante del campamento de Drisa, como si hubieran debido atacarlo, bien que tuviesen orden de no hacer nada. Habiendo permanecido Murat algunos días delante de Swenziani, en Opsa, con la caballería de los generales Nansouty y Montbrún, con las tres divisiones del mariscal Davout, desfiló por frente del campamento de Drisa, manteniéndose atrás algunas leguas, y fué á apostarse delante de Polostk, muy cerca de Gloubokoe, y bajo la mano de Napoleón. Durante esta marcha el general Sebastiani fué sorprendido por la caballería rusa, que habiendo cruzado el Dwina para observar nuestros movimientos, se aprovechó de lo mal que nos guardábamos para asaltar al general Saint-Genies. Éste defendióse briosamente, pero quedó prisionero con algunos centenares de hombres. Al ruido de esta aparición acudió nuestra caballería, cayó sobre los rusos, les cogió al general Koulnieff, que mandaba la expedición, y obligóles á volver á pasar el Dwina. Salvo este accidente, el movimiento de Murat se efectuó conforme á las órdenes de Napoleón. Nuestras tropas se sustentaban en parte de lo que llevaban consigo, y en parte de lo que recogían en el país que no pudieron acabar de devastar los rusos.

Ney siguió á Murat, ejecutó un movimiento semejante, y se fué á colocar sobre la izquierda de las divisiones de Morand, de Friant y de Gudin. Yendo sus tropas detrás de las de Murat, ya encontraron las aldeas agotadas, bien que se resarcieron con los carros de víveres,

que no podían seguir adelante, sirviéndose de ellos para su subsistencia. No se economizaba la carne, que abundaba, pero había que economizar el pan, que andaba escaso. De consiguiente una ración de carne y media de pan se daba á cada soldado. Con echar arroz en la sopa suplían el pan, y si faltaba arroz, con centeno tostado. Tanto el calor como el alimento, produjeron la disentería entre los reclutas, y era de temer que se hiciese contagiosa.

Detrás de Ney marchaba Oudinot. Desfilando éste á a vista de Dünaburgo, donde los rusos habían construído una fuerte cabeza de puente sobre el Dwina, no supo contenerse, y á pesar de las recomendaciones de Napoleón, asaltó la obra, que abandonaron los rusos. Este incidente no tuvo consecuencias, y el mariscal Oudinot fué á situarse sobre la izquierda de Ney á su turno. De consiguiente todos estos cuerpos se hallaron reunidos en el espacio de algunas leguas, unos más allá del campamento de Drisa, delante del cual habían desfilado, otros quedándose enfrente, y todos bajo la mano de Napoleón, que se hallaba en Gloubokoe con la guardia. Sólo el mariscal Macdonald se mantuvo á alguna distancia sobre la izquierda entre Poniewetz y Jacobstadt, cubriendo á la vez la Samogitia, que merecía bien ser libertada de los destrozos de los cosacos, y el curso del Niemen, que seguían nuestros convoyes para remontarse hasta Kowno.

No menos puntualmente se ejecutaron los movimientos ordenados por Napoleón sobre la derecha. El príncipe Eugenio era el que debía ocupar esta parte de la línea y formar el punto de enlace con el mariscal Davout junto al Dnieper. Después de reunir su gente y sus equipajes en Nowoi Troki, partió de allí y siguió el camino de Minks hasta Smorgoni, y cortándolo luego, se dirigió á Vileika. Precedióle en este punto el general Colbert, enviado á retaguardia por el mariscal Davout con los lanceros rojos, logrando salvar algunos almacenes. Allí se proporcionó el príncipe Eugenio víveres para dos días, lo cual le fué muy oportuno, y continuó su camino por Volghinow hasta Berezino, en las fuentes del Berezina. En este punto un canal llamado de Lepel, unía al Berezina, afluente del Dnieper, con el Oula, afluente del Dwina. De consiguiente se puede considerar este canal como enlace entre el mar Negro y el Báltico. Allí había bateles y provisiones, que no tuvieron tiempo de destruir los rusos. Aplicóse el príncipe Eugenio á recogerlo todo, y con especialidad á velar por el mantenimiento de una navegación que podía ser al ejército de gran provecho. A Kamen se debía haber dirigido el día 21, y no tenía más que dar un paso para tocar al Dwina entre Oula y Beschenkowicz, en un paraje donde es tan fácil de cruzar que se vadea en el verano.

Así Napoleón tenía todos los cuerpos á su alcance, y disponía de cerca de doscientos mil hombres esparcidos en el espacio de algunas leguas. Verdad es que la marcha había reducido aún más el número de los combatientes; pero, sin incluir á Macdonald, situado á la izquierda, ni á Davout, ni al cuerpo del rey Jerónimo, algo distante hacia la derecha, Napoleón contaba en torno de su bandera lo menos ciento noventa mil hombres y los mejores de su hueste. Por tanto podía abrumar á Barclay de Tolly, y se aprestaba en efecto á cru-

zar el Dwina sobre la izquierda de éste, para rebasarle y envolverle, según lo había proyectado. Hasta ahora salía todo á medida de sus deseos. Para ejecutar sus grandes designios no esperaba más que la artillería de grueso calibre, siempre un poco atrasada, y contaba hallarse en aptitud de emprender las operaciones del 22 al 23 de julio. Entretanto se dedicaba con su actividad habitual á formar en Gloubokoe una etapa provista de cuanto á un ejército es necesario. Además del convento, en que se alojaba, había hallado otros bastante ricos. También la vecindad del canal de Lepel ofrecía recursos. Con estos diversos medios, ordenó establecer almacenes, hospitales y tahonas. Ya había en construcción hasta veinticuatro hornos, y todo prometía entre Wilna y Vitebsk un punto intermedio bien abastecido.

Mientras Napoleón operaba su movimiento, el mariscal Davout continuaba el suyo, que, sin tener la misma importancia, la tenía muy grande, pues se trataba de retener á Bagratión en Mohilew, y embarazándole el paso del Dnieper por este punto, obligarle á ir de nuevo más abajo, y á dar un largo rodeo para incorporarse al grande ejército de Barclay de Tolly más allá del Dnieper y del Dwina. De este modo el éxito de la resistencia de l mariscal Davout trascendía al éxito de la maniobra de Napoleón, puesto que debía retardar la unión de Bagratión con Barclay y de obligarles á reunirse más lejos y más tarde. Si el mariscal Davout hubiera tenido todo el cuerpo del rey Jerónimo bajo su mano, no sólo retuviera á Bagratión, sino que le abrumara. Por desgracia, según se ha visto, las tropas del rey Jerónimo, no pasando por Bobruisk, tenían que hacer seis ú ocho días de marcha para unírsele, y se hallaba con las divisiones de Compáns, de Dessaix y de Claparede en Mohilew, adonde había corrido prestamente para obstruir á Bagratión el camino. A la izquierda estaba esparcido el resto de su caballería para darse la mano con el príncipe Eugenio, y á la derecha para velar por las tropas polacas y westfalianas actualmente en marcha.

Respecto del príncipe Bagratión, habiendo cruzado libremente en Bobruisk el Berezina, sin ser agobiado por Davout y Jerónimo reunidos, se consideraba ya salvo, porque detrás tenía para cubrirse contra Jerónimo la plaza fuerte de Bobruisk, y por delante esperaba llegar á Mohilew, junto á las márgenes del Dnieper, sin obstáculo alguno. No creía encontrar allí aún al mariscal Davout, y en todo caso empezaba ya á no temerle, hallándose informado con bastante exactitud de sus fuerzas. Efectivamente se aproximaba á Mohilew el 21 por la tarde, después de cruzar el espacio que separaba el Berezina del Dnieper, y contaba cerca de sesenta mil hombres prontos á la pelea.

Según acabamos de decir, el mariscal Davout ocupaba á Mohilew con las divisiones de Compáns, de Dessaix y de Claparede. Sus fuerzas, reducidas por las marchas, estaban también por los destacamentos que se vió obligado á dejar en muchos puntos. En Minks había situado al regimiento 33 de ligeros, para tener guarnición en aquel puesto y estar á él unido, y tuvo necesidad de esparcir su caballería en un espacio inmenso, para enlazarse con las tropas de Jerónimo por un lado y con las de Napoleón por otro. Bajo su mano sólo conservó á los coraceros de Valencia, con la caballería ligera de los generales Pajol y Bordessoulle, y podía

presentar al enemigo veintidós mil hombres de infantería y seis mil de caballería, es decir, veintiocho mil contra sesenta mil combatientes. Pero gracias á la calidad de sus soldados y á la naturaleza del terreno, temía poco al enemigo, y no estaba en Mohilew más turbado que en Awerstaedt lo estuvo tiempos antes. Sus tropas tuvieron una calurosa alerta el 21 por la tarde. En el camino de Staroi-Bichow, por donde iba la vanguardia de Bagratión, estaba Bordessouille con la caballería ligera. Un escuadrón, puesto de avanzada, fué acometido por Platow y muy maltratado. Por fortuna, el regimiento 85 de línea, situado algo á la espalda, detuvo con su fuego de fusilería á los numerosos escuadrones de Platow y obligóles á replegarse. Se salió del paso con la pérdida de algunos hombres y de algunos caballos; pero esta viva escaramuza anunciaba la llegada próxima de todo el ejército del Dnieper.

Al día siguiente 22 por la mañana, el mariscal Davout con su vigilancia ordinaria, se trasladó, tan luego como asomó la aurora, al punto donde esperaba que fuera el combate, y acompañado del general Haxo hizo un estimado reconocimiento. El camino de Staroi-Bichow, donde tuvo lugar la escaramuza del día antes, no era otro que el de Bobruisk, que después de correr del Berezina al Dnieper en derechura, torcía casi en ángulo recto hacia Staroi-Bichow y remontaba la orilla derecha del Dnieper hasta Mohilew.

Saliendo de este punto el mariscal Davout y el general Haxo, bajaron por este camino, que teniendo una doble hilera de álamos á cada borde, como todos los caminos del país, se prolongaba entre el Dnieper, que corría á la izquierda, y el riachuelo Mischowska, que corría á la derecha. Después de avanzar por entre el Mischowska y el Dnieper como unas tres ó cuatro leguas, vieron el Mischowska torcer de pronto á la izquierda en dirección del Dnieper, y envolver así con un obstáculo continuo el terreno largo y estrecho que acababan de recorrer. Donde torcía el Mischowska para lanzarse en el Dnieper, se hallaba un molino, llamado de Fatowa y provisto de una esclusa. Mas allá el Mischowska cortaba el camino bajo un puente en que había un gran edificio llamado posada de Saltanowka, y de allí iba á perderse en el Dnieper. Circunscrito así el terreno, presentóse de seguida al mariscal Davout y al general Haxo como el más á propósito para el combate y para hacer cara al enemigo con probabilidades de buen suceso, cualesquiera que fuesen su fuerza y su energía. Hicieron barrear el puente, almenar la posada de Saltanowka y el molino de Fatowa y cortar la esclusa, que retenía las aguas del molino, de modo que el enemigo no podía servirse de ella para pasar el riachuelo. Estos dos puntos confió el mariscal Davout á la custodia del general Friederichs con los cinco batallones del regimiento 85 de línea, y detrás y á las órdenes del general Dessaix situó al regimiento 108 para que hiciera veces de reserva. Toda la división de Dessaix se componía de estos regimientos, habiendo sido dejado en Minks el 33 de ligeros. Lo mejor que le fué posible previno el mariscal su artillería, aprovechando lo favorable del terreno para esta arma, porque, después de atravesar bosques, el camino de Staroi-Bichow, por donde se adelantaban los rusos, de repente desembocaba en un terreno escueto, que nuestros cañones podían cubrir de metralla.

Tomadas estas precauciones por su frente, avanzó el mariscal hacia Mohilew, para asegurarse de si se intentaría pasar el Mischowska sobre su derecha, en cual caso fuera inútil la resistencia opuesta en el puente de Saltanowka y en el molino de Fatowa. Efectivamente, remontándose una legua á la espalda, se encontraba á orillas del Mischowska la pequeña aldea de Seletz, por donde el enemigo hubiera podido pasar el riachuelo. Allí apostó el mariscal á uno de los cuatro regimientos de la división de Compáns, el 61, con una fuerte artillería que, á la manera de la colocada en el molino de Fatowa, tenía la ventaja de poder disparar de una orilla á otra, y en medio de un terreno donde acababa de haber corta. Algo más á la espalda del mariscal puso todavía de reserva á los otros dos regimientos de la división de Compáns, el 57 y el 111 de línea, con los coraceros de Valencia, para caer sobre todo el que forzara el paso del Mischowska. Finalmente, como última precaución alineó á la división polaca de Claparede detrás de la división de Compáns para enlazar con la ciudad de Mohilew á las tropas que guardaban el camino de Staroi Bichow. El general Pajol, con su caballería ligera, y el regimiento 25 de línea (el cuarto de la división de Compáns), tuvo encargo de vigilar el camino de Inghoumen por Pogost seguido por el mariscal desde el Berezina al Dnieper, en el caso de que intentara presentarse allí una porción del ejército ruso, para evitar la posición de Mohilew. Después de estas vigorosas y hábiles disposiciones, atendió con sangre fría el mariscal al combate del día siguiente.

Efectivamente, el 23 de julio y al despuntar la aurora, habiendo dejado el príncipe Bagratión el 8.º cuerpo (el de Borosdín) sobre el camino de Bobruisk, para cubrirse contra la persecución posible, si bien poco probable, del rey Jerónimo, llevó adelante el 7.º cuerpo (el de Ræfskoi) sobre el puente de Saltanowka y el molino de Fatowa, con orden de apoderarse de estos dos puestos á toda costa.

La división de Koulioubakín atacó el puente de Saltanowka y la división de Paskewitch el molino de Fatowa. Alineadas una y otra al linde de los bosques, no descubrieron más que su artillería y sus tiradores. Éstos procuraron emboscarse en los matorrales y en todos los accidentes del terreno. Pero mejor abrigados los tiradores franceses en la posada de Saltanowka y el molino de Fatowa, y disparando con gran puntería, causaban mucho más daño que el que recibían del enemigo, y además la artillería francesa desmontaba á cada paso la artillería rusa. Al cabo de algún tiempo de este combate ventajoso, la división de Koulioubakín quiso adelantarse sobre el puente de Saltanowka, pero fué recibida con tal fuego de fusilería y de metralla, que se vió obligada á retroceder y á entrar nuevamente en el bosque.

Al estampido del cañoneo acudió el mariscal á aquel punto, y después de enterarse de que todo iba á maravilla por su frente, trasladóse á retaguardia, á la aldea de Seletz, para ver si le amenazaba por allí un ataque de flanco. Habiéndose asegurado de que el peligro no era inminente, situó un poco más adelante al regimiento 61, que al principio estaba en la aldea de Seletz, é hizo avanzar igualmente á los regimientos 57 y 111, así como á los coraceros, descubriendo bien que sobre el

frente de su posición se dirigiría el mayor esfuerzo del enemigo. Al punto volvió allí en persona.

Efectivamente, á la sazón hacían los rusos un enérgico y último esfuerzo. Desembocando en masa por el camino real la división de Koulioubakín, avanzaba en columna cerrada sobre el puente de Saltanowka, y desplegándose la división de Paskewitch al descubierto delante del molino de Fatowa, llegaba á orillas de la esclusa, no obstante los bien dirigidos fuegos de nuestra artillería. Al frente del regimiento 85 recibió el general Friederichs á la división de Koulioubakín con un fuego de fusilería tan nutrido que, después de marchar de una manera resuelta hacia el puente, comenzó á vacilar y se declaró al fin en retirada. Hallando la división de Paskewitch en el riachuelo un obstáculo menos insuperable, trató de pasarlo sobre la esclusa que retiene las aguas del molino. Al ver esto un batallón del regimiento 108, guiado por un oficial valiente hasta la temeridad, corrió hacia los asaltadores, los atacó á la bayoneta y obligóles á reparar el riachuelo. Por desgracia, en vez de contentarse con esta ventaja, cruzó á su vez el obstáculo tan vivamente disputado, y desembocó en medio del terreno descubierto que se extendía al otro lado. Desde luego hallóse en el centro de un círculo de fuego que partía del linde de los bosques, seguidamente fué atacado á la bayoneta y arrollado más acá del riachuelo, después de dejar en manos de los rusos unos cien hombres y de perder muchos más por el efecto mortífero de su fusilería.

En este momento llegaba el mariscal Davout de vuelta de recorrer su posición por la retaguardia. Rehizo el batallón desordenado, mandóle ejecutar algunas maniobras bajo el fuego, para que recuperara su sangre fría, y lanzó la caballería ligera sobre muchos pelotones enemigos, que tuvieron la audacia de cruzar el riachuelo. Después llevó toda su artillería, que dando de plano sobre el terreno descubierto donde la división de Paskewitch se había desplegado y cubriéndola de metralla, forzóla á meterse de nuevo en el bosque. Así desde el molino de Fatowa hasta el puente de Saltanowka se habían agotado los rusos en impotentes esfuerzos, y caían en proporción de tres ó cuatro por cada uno de los soldados franceses.

Con todo, la división de Paskewitch intentó remontarse por nuestra derecha, siguiendo á lo largo del Mischowska y del linde de los bosques hasta la aldea de Seletz. Por el borde de la costa marchó para estar al abrigo de nuestra artillería y así llegó hasta enfrente de dicha aldea. Aún cruzaron el riachuelo sus flanqueadores. Sobre los que habían cometido esta imprudencia se precipitaron al punto los cazadores del regimiento 61 y les obligaron á repararlo. De seguida todo el regimiento, lanzándose más allá del Mischowska, metióse por el bosque, y cayendo de revés sobre la costa, cuyo borde ocupaban los rusos, forzólos á evacuar precipitadamente esta parte del campo de batalla. Una maniobra semejante ejecutó por nuestro frente el general Friederichs entre el molino de Fatowa y el puente de Saltanowka. Con algunas compañías de preferencia atravesó el riachuelo, penetró sin ser visto en el bosque, giró en torno del espacio descubierto donde se habían desplegado los rusos delante del molino y los atacó improvisamente por la espalda. Nuestros granaderos y cazado-

res hicieron á la bayoneta una verdadera carnicería en el enemigo, y así despejaron todo el frente del campo de batalla. Entonces los franceses quisieron tomar la ofensiva: desembarazaron el puente de Saltanowka y trasladáronse al camino real de Staroi-Bichow en masa. Después de perseguir una legua á los rusos, divisaron sobre un terreno descubierto al príncipe Bagratión en posición con todo el resto de su ejército. Sobre este nuevo terreno, el combate, ventajosísimo hasta entonces, nos iba á ser tan funesto como lo acababa de ser para los rusos á orillas del Mischowska. El intrépido Compáns, en quien andaban en competencia la prudencia y la bravura, contuvo el ardor de sus tropas, y las trajo hacia atrás, para no convertir en una alternativa de triunfos y reveses este brillante combate defensivo, que hasta entonces no había sido más que una continua victoria. No fué perseguido. Espantado el príncipe Bagratión de las pérdidas que había experimentado, pues cuatro mil rusos muertos ó heridos yacían á las márgenes del Mischowska, é informado de que al mariscal Davout le iban á llegar refuerzos, creyó que debía retroceder sobre Staroi-Bichow, para pasar por allí el Dnieper y trasladarse á Miciislaw de seguida.

Así terminó este glorioso combate, en el cual los veintiocho mil hombres del primer cuerpo detuvieron á los sesenta mil de Bagratión. Verdad es que veinte mil rusos entraron tan sólo en combate, pero tampoco estuvieron realmente empeñados más de ocho ó nueve mil franceses, y al par que los rusos perdieron cuatro mil hombres entre muertos y heridos, no tuvieron que deplorar los franceses más pérdida que la de unos mil soldados, incluso como unos ciento del regimiento 108, que quedaron prisioneros al otro lado del Mischowska. Si el príncipe Bagratión conociera mejor el terreno, hubiera podido ejecutar sobre la derecha prolongadísima del mariscal Davout un ataque peligroso con el cuerpo de Borosdín. Pero quedaba la infantería de los generales Compáns y Claparede y los coraceros de Valencia, y no era empresa fácil atropellar á semejantes tropas. Débese añadir asimismo que si en esta jornada del 23 hubiera tenido tiempo el príncipe Poniatowski de asomar por Jakzitci sobre la espalda ó el flanco del príncipe Bagratión, aun después de frustrada la ocasión de Bobruisk, pudiera hacer experimentar á este ejército ruso un sangriento desastre. Más arriba se han visto las causas fatales que lo determinaron de otra manera.

Todo el día siguiente empleó el mariscal Davout en recoger sus heridos y en adquirir noticias de los polacos y de los westfalianos, no queriendo salir antes de su llegada de esta especie de campo atrincherado que le había sido tan provechoso. Todo lo dispuso para remontar el Dnieper hasta Orscha con el objeto de acercarse á Napoleón, quien, según hemos indicado, aguardaba en Gloubokoe el instante propicio para rebasar por Polotsk y Vitebsk al ejército de Barclay de Tolly. Ya no era posible impedir que el príncipe Bagratión se uniera al principal ejército ruso; pues no había modo de seguirle indefinidamente más allá del Dnieper, pero se había retardado su incorporación á Barclay de Tolly, y este resultado, aunque muy inferior al que se esperó al principio, bastaba para el cumplimiento del principal designio de Napoleón.

Para el día 22 ó 23, á más tardar, se había fijado en